

nombre de un individuo cuando el estado no existe y, en consecuencia, uno nunca utiliza su propio nombre? ¿Cómo saber si se trata de una misma persona, cuando ésta usa nombres diferentes?

El estudio de la historia de la identificación de las personas es también el estudio de la historia de la sociedad y de los sistemas políticos. En el amplio marco temporal abordado por About y Denis las transformaciones operadas han sido enormes. Mirando desde el presente hacia el origen tal vez puede decirse que analizamos el proceso por el que los nombres se convierten en números. “Ser un número” presenta obviamente connotaciones negativas. No obstante, los nombres reflejan desigualdad: hay nombres aristocráticos y nombres plebeyos; en cambio, los números reflejan igualdad; son registros de información de ciudadanos que tienen los mismos derechos y obligaciones. Sólo en el siglo XX puede decirse que el estado tiene una nómina completa de ciudadanos que, al menos en teoría, son iguales. Por último, sólo nos queda desear que la historiografía española haga suyo este concepto y desarrolle monografías como la que reseñamos.

Ilsen About es doctor en Historia del Instituto universitario europeo y miembro del laboratorio IRIS en el EHESS. Es autor de artículos sobre la historia de las migraciones y sobre la policía de identificación en Francia y en Italia. Vincent Denis es investigador en el Centro de investigación de Historia moderna y conferenciante de la Universidad de París I – Panthéon Sorbonne. Es autor de *Une histoire de l'identité: France, 1715-1815*.

Ana Zabalza Seguí
Universidad de Navarra

Judt, Tony, *El refugio de la memoria*, Madrid, Taurus, 2011. 240 pp. ISBN: 9788430608171.

Prefacio 11. El Refugio de la memoria 13. Noche 27. Austeridad 37. Comida 45. Coches 53. Putney 61. El autobús de la Línea Verde 69. Deseo mimético 77. El Lord Warden 85. Joe 97. Kibutz 105. Bedder 113. París era ayer 123. Revolucionarios 131. Trabajo 139. Meritócratas 147. Palabras 159. ¡Al oeste, joven Judt! 169. Crisis de la mediana edad 179. Pensamientos cautivos 187. Chicas, chicas, chicas 195. New York, New York 205. Gente fronteriza 213. Toni 221. Montañas mágicas 233.

El refugio de la memoria es el recuerdo de un historiador testigo y estudioso de buena parte de los acontecimientos que han transformado el mundo en la segunda mitad del siglo XX. Junto con otras obras como *Algo va mal* (2009), *Sobre el olvidado siglo XX* (2008) y *Pasado imperfecto* (2007), sus memorias pertenecen a la última fase de su producción historiográfica, personal e introspectiva, más política y divulgativa que académica y científica. Como ya hicieran otros historiadores o intelectuales influyentes, como S. Zweig o E. H. Hobsbawm, las memorias de Judt son las de un europeo cosmopolita, abocado a percibir el transcurso del tiempo con nostalgia y cierta decepción ante la decadencia de las ideas socialdemócratas y la preponderancia de las decisiones económicas frente a las políticas o éticas. Heredero de la tradición historiográfica británica, combina el tratamiento riguroso de los acontecimientos con la claridad expositiva y la narración ágil.

Esa cosmovisión social y pública de postguerra se desmorona paulatinamente a causa del desinterés y ligereza con que se abordan las enseñanzas del pasado. La sociedad postmoderna y ultraconsumista –“líquida” para Bauman o “vacía” para Lipovetsky- es ahistórica y desmemoriada, no pretende conocer el origen de los objetos para no entablar con ellos ninguna relación de dependencia sentimental que evite cambiarlos rápidamente por nuevos productos, mejor diseñados y con mayores funciones. Apuntaba Judt en *Postguerra* (2005) que, pese a la proliferación de conmemoraciones oficiales, museos y monumentos, éstos son actos de memoria selectiva, triunfalistas o de recuerdo de sufrimientos colectivos; pero en ningún caso se pretende comprender un contexto más amplio, ni de ellos se extraen enseñanzas útiles.

Judt toma en serio el compromiso social del historiador, no sólo como investigador riguroso de los acontecimientos del pasado, sino como intelectual válido en el análisis de la vida pública y con la responsabilidad “moral” que su trayectoria le otorga para comprometerse políticamente con las causas que considere convenientes para el bien común. De este modo, y ante la incipiente pérdida de soberanía de los gobiernos nacionales democráticamente electos frente a las instituciones financieras y las grandes multinacionales, el intelectual que reclama Judt debe hacer de la oposición a las mayoritarias una virtud. “Una democracia de consenso permanente no será una democracia durante mucho tiempo.” El autor es consciente del descrédito del sector público después de la era Thatcher-Reagan –la idolatría del mercado apoyada intelectualmente por Hayek y continuada políticamente por Clinton y Blair-, pero recla-

ma la contestación para imaginar modelos alternativos al imperante, destacando que una sociedad dictatorial se muestra ante la incapacidad de los ciudadanos para imaginar una alternativa. Frente a la clase política actual, legitimada por leyes y recursos coercitivos, Judt destaca a los políticos de postguerra, considerados referentes morales y trabajadores honestos al servicio de la sociedad. Su legitimidad radicaba en una serie de principios éticos que representaba y defendía. En el siglo XXI, sería difícil tomar en consideración estas cuestiones hacia la clase política.

El abandono de los intelectuales de la esfera pública –y su consiguiente encierro en una torre de marfil elitista– permitió, amparándose en los medios de comunicación de masas y en la televisión, la proliferación de “fast-thinkers” –según Pierre Bourdieu en *Sobre la televisión*– o todólogos –Carlos Taibo en *Contra los tertulianos*– de escasa formación, especialistas en crear una opinión pública desinformada, pero peligrosamente convincente. Los debates públicos y las propuestas políticas quedan reducidas a 59 segundos de intervención, se vacían de contenido para adaptarse a un discurso rápido y maniqueo, en manos de políticos y “think tanks” donde rara vez tienen cabida opiniones no convencionales.

Testigo de profundos cambios socioeconómicos y de las convulsiones propias del sistema capitalista, Judt reivindica el papel de los ciudadanos en la toma de decisiones en clave económica. El modelo capitalista aconseja dejar los asuntos de gestión económica y política en manos de “expertos”, en tanto que dichas cuestiones escapan al entendimiento del hombre medio. Un lenguaje cada vez más complejo y unas instituciones al margen de la soberanía ciudadana contribuyen a este alejamiento, provocado por unos “sumos sacerdotes” representantes de una “verdad universal”, accesible al ciudadano mediante la fe y la confianza, no la comprensión. Pese a la complejidad de la ciencia social económica y su disparidad de enfoques, en los principales organismos internacionales encontramos escasos debates u oposición –tal y como afirma Joseph E. Stiglitz en *El Malestar de la Globalización*–.

Sus memorias elogian –con cierto sabor a despedida: “el mundo que hemos perdido”– los valores socialdemócratas keynesianos que forjaron la Europa del bienestar tras la II Guerra Mundial. Judt recurre a ejemplos vívidos para completar la argumentación que ya hiciera en *Algo va mal* en clave política y en *Postguerra* en clave científico-histórica. “La ventaja de mi profesión es que tienes una historia en la que puedes insertar el ejemplo, el detalle, la ilustración.” Rescata la cultura política europea de izquierdas, socialdemócrata,

poseedora de una fuerza moral incuestionable y también de una herencia y unos acontecimientos reprochables, olvidados por la memoria selectiva política, pero fundamentales para la comprensión global de los procesos.

Insiste a su vez en la oposición entre socialdemocracia y comunismo, frente a la actitud de connivencia e incluso admiración que sacudió a la intelectualidad occidental en el siglo XX. En este sentido, recuerda las movilizaciones estudiantiles que vivió en 1968 como una respuesta generacional del “baby boom” –criados en una sociedad de abundancia frente a unos progenitores educados en la cultura del racionamiento y la contención– más que como una revolución. Judt insiste que los revolucionarios del 68 fueron aquellos manifestantes que exigían en Praga cambios políticos poniendo el peligro su integridad. Los occidentales “perdieron la revolución.”

El mundo recordado de Judt está en proceso de descomposición. Poco o nada quedan de aquellas limpiadoras “bedders” de Cambridge con unos principios morales consistentes, ni del modelo de educación pública y meritocrática basada en el esfuerzo y la competencia intelectual, valores ejemplificados en la figura de su exigente profesor de alemán Emanuel School de Battersen.

La idealización del ferrocarril es sintomática del recuerdo nostálgico de Judt. Metáfora de la Modernidad, del Progreso y del cosmopolitismo, sus características definitorias convierten al tren en el objeto significativo de una época, de una Europa decimonónica que miraba hacia el futuro con especial confianza. El tren une el aquí y el allí, lo viejo y lo nuevo, lo cercano y lo lejano, lo propio y lo ajeno, lo conocido y lo desconocido, el trayecto y el destino, etc. Las estaciones son las “catedrales de la modernidad”, una arquitectura innovadora y funcional que con el paso del tiempo siguen cumpliendo su función. Las estaciones son como ejemplo de arquitectura utilitaria e intemporal, de una filosofía de la construcción basada en la perdurabilidad más que en la obsolescencia programada. Si para las vanguardias el tren fue objeto de culto artístico y a su vez reinterpretado como invento apocalíptico, en las memorias de Judt este medio de transporte adquiere una dignidad curativa en nuestras ciudades colapsadas e insaciablemente veloces.

Una de las innovaciones metodológicas que convirtieron *Postguerra* en una obra de síntesis imprescindible fue la consideración del espacio y del tiempo de los contemporáneos en el desarrollo de los acontecimientos, como ya hicieran los historiadores del grupo de *Annales* y de las mentalidades. La concepción del tiempo y del espacio que tiene una sociedad o un individuo depende, en buena medida, de las capacidades técnicas con las que cuenta para tras-

ladarse. Madrid-Lisboa están unidas por un puente aéreo de apenas una hora; sin embargo, hasta la llegada del desarrollo de la aviación este viaje empeñaba medio día, cambiando la concepción cultural en torno a lo que significa “cerca y lejos”. Con el desarrollo de Internet, todas las partes del mundo con acceso a la red están conectadas al segundo, lo que está modificando frenéticamente las pautas sociales y los medios de legitimación de los estados-nación. Estas consideraciones son fundamentales en el oficio del historiador y evitan anacronismos a la hora de acercarnos a las sociedades pretéritas. Además, Judt introdujo en su marco de estudio la URSS y sus estados satélites, incluyendo en la tradición europea a zonas que tradicionalmente habían sido excluidas por encontrarse en el Eje de Varsovia.

Con estas memorias concluye Judt su producción historiográfica, haciendo hincapié en las reivindicaciones clásicas de la socialdemocracia más que en sus aportaciones a la ciencia social histórica. El último suspiro de un intelectual que cierra los ojos ante el avance de la incertidumbre.

Tony Judt (Londres, 1948-Nueva York, 2010) hizo sus estudios en el King's College de Cambridge y en la École Normale Supérieure de París. Impartió clases en las universidades de Cambridge, Oxford, Berkeley y Nueva York, y en esta última ocupó la cátedra de Estudios Europeos, que él mismo fundó en 1995, y fue director del Remarque Institute. Autor o editor de trece libros, incluidos el reciente *Algo va mal* (Taurus, 2010), *Sobre el olvidado siglo XX* (Taurus, 2008), *Pasado imperfecto* (Taurus, 2007) y *Postguerra* (Taurus, 2006), considerado uno de los diez mejores libros de 2005 por la New York Times Book Review, galardonado con el Premio Council on Foreign Relations Arthur Ross y finalista del premio Pulitzer. Judt colaboró en diferentes medios de Europa y Estados Unidos, como The New York Review of Books, el Times Literary Supplement o The New York Times. En 2007 recibió el Premio Hannah Arendt, y en 2009 el Orwell Prize for Lifetime Achievement. Falleció en agosto de 2010 de una enfermedad degenerativa.

César Rina Simón
Universidad de Navarra

Asenjo González, María (Ed.), *Oligarchy and Patronage in Late Medieval Spanish Urban Society*, en *Studies in European Urban History (1100-1800)*, nº 19, Turnhout: Brepols, 2009, X+198 pp. ISBN: 978-2-503-52360-6.